

CRISTOBAL COLON (DUQUE DE VERAGUA) CUENTA SU VIDA

Por Marino Gómez Santos

CAPITULO II

«LLAMARME CRISTOBAL COLON HA SIDO PARA MI UNA DESVENTURA MAS QUE UNA VENTAJA»

Sobre el respaldo de una silla está colocado el uniforme azul con galones de teniente de Navío. El duque de Veragua está en su habitación del hotel Velázquez. Como son las nueve de la mañana y tiene resfriado, guarda cama hasta la hora de ir a un Banco. Sobre la mesilla de noche hay tubos de aspirina, paquetes de cigarrillos americanos y cajas de cuero con botonaduras y pasadores.

—¿Cómo se inició tu vida militar?
—Te contaré esto partiendo de los años de la República. Zarauz, bicicletas. Fuente-rrabía, jesuitas de paisano. No existen los Reyes Magos: disimulo tonto, pues mi padre me conocía mejor que yo. Ahora viene un acontecimiento importante para mi futura vida militar. Mi padre me lleva al cine Capitol, nuevo, recién hecho, donde pasaban la película que más impresión me ha producido en la vida. Se llamaba, tú la recordarás, «Tres lanceros bengalies», donde se rinde culto al honor. Papá y yo la vimos dos o tres veces. Posteriormente la vi, ya mandando mi primer barco, en San Sebastián, con uno de los mejores amigos que he tenido, el capitán de Infantería Alejandro Cortázar (que en paz descansa). Salimos emocionados.

El duque de Veragua —pijama a rayas azules— descansa con las manos cruzadas sobre la nuca. De vez en cuando dá un salto y se sienta en la cama. Sobre los veladores hay cuellos blancos del uniforme, estampas con los santos de su devoción, tubos de crema de afeitar y dentífricos.

—Vino el verano del treinta y seis. Estábamos en Biarritz y mi padre en España. No podía pasar a Francia, y en el mes de julio, en contra de sus órdenes, con dos maletas pasamos la frontera para verle y ya estaba preso en la cárcel de Ondarreta. Nos escondimos después de la derrota y traiciones de los leales de Loyola hasta ver llegar, tres meses más tarde, no digamos gloriosas, sino gigantescas, las fuerzas carlistas del general Mola.

El duque de Veragua salta de la cama y busca, descalzo, las cerillas de uno de los bolsillos del uniforme.

—Llegó la paz a casa; luego vino la realidad del dinero, los créditos, el hotel Ursula, lleno de gentes como nosotros, con todo en zona roja. Familias rotas por los asesinatos o muertes heroicas en los frentes de combate. Fuimos al colegio de los ma-

“TRES LANCIEROS BENGALIES” FUE UN ACONTECIMIENTO IMPORTANTE PARA MI FUTURA VIDA MILITAR

“ME GUSTAN LOS BALANDROS GRANDES, LOS CABALLOS BUENOS Y LAS ESCOPETAS INGLESAS. TENGO POCO DINERO, PERO SOY FELIZ”



El duque de Veragua, almirante honorario de la Marina española, con don Félix de Lequerica, deposita una corona de flores por la bandera española, al pie del monumento a su antecesor en América. (Foto Fiel).

rianistas los dos hermanos, Juancho y yo. Buenas notas, por lo general. Te será fácil enterarte, ingreso, primero y segundo.

Le entran el desayuno al duque. Vuelve a levantarse de la cama descalzo. Mezcla café y leche. Se pone mantequilla en el pan de molde.

—Nos enteramos del asesinato de la familia en Madrid y de las gestiones hechas por los países americanos para sacar a mi padre de la cárcel de Bilbao, lo que lograron con todo éxito con destacada labor de la República Argentina. Mi padre se incorpora inmediatamente al Ejército nacional con el grado de capitán de Caballería que tenía y de comandante estampillado. Las manifestaciones por la toma de pueblos es nuestra mayor ilusión.

El duque de Veragua recuerda con emoción las cartas que continuamente recibía de su padre.

—En una de ellas me recomendaba que ponga atención al escribir, pues había algunas faltas de ortografía. La guerra ha terminado. La familia regresa a Madrid.

—Se intenta recuperar cosas de la casa, pero esto fue, por desgracia, mínimo. Hubo, sin embargo, la gran suerte de encontrar casi junto el archivo y la biblioteca y todos los documentos del almirante que había en casa de Veragua y que hoy poseo yo.

Se reanuda la vida en el campo.

—Mi hermano y yo nos compramos unos caballos y las primeras escopetas. Estas fueron nuestras aficiones predilectas para siempre.

En 1941 fallece su padre.

El duque de Veragua me dice que su vida cambia radicalmente.

—Veo la vida de otra forma. Las ilusiones se hacen realidades o dejan de interesarme. Días antes de morir fui con él a una academia preparatoria de Marina y nos dijeron que yo era muy joven y que tenía que estudiar más. Esta fue la época de mi vida de mayor sacrificio, pues por mí mismo, y sin ayuda, por decir así, terminé el Bachillerato, me preparé mejor o peor, y en 1943 ingresé en la Escuela Naval Militar.

Enciende un cigarrillo y se vuelve a la cama.

—Pero todas las ilusiones tienen su punto flaco. Conocí la vida de golpe, sin padre, ni faldas de mi madre, solo, en un mundo de hombres y sin conocimiento alguno del mundo externo, llamémosle así. Fue para mí la cuesta más fuerte que habría podido imaginar. Carreras por los patios, instrucciones, clases diarias. Jamás olvidaré la diana. Permisos, un mes en el verano y las navidades. En 1946 embarqué en el «Juan Sebastián Elcano», y, embarcado posteriormente ascendí a alférez de Fragata, en los minadores «Vulcano», «Neptuno», etc. En diciembre de 1948 fui ascendido a alférez de Navío. Me entregaron los despachos, habiendo terminado la carrera que tanto quería.

Esta mañana el duque de Veragua tiene varias cosas que resolver antes del almuerzo, porque por la tarde saldrá para Palma de Mallorca, para hacerse cargo de su nuevo destino.

—En 1949 me caso. Voy pasando por los destinos nor-

males del cuartel de instrucción para enseñar a los marineros, crucero «Canarias», remolcador «Cíclope» R. A. I., y luego a mandar el patrullero «V-18», en Pasajes.

El duque de Veragua me dice que durante su carrera ha hecho servicios bonitos en el remolcador «Cíclope», tales como salvamentos, remolques grandes, etcétera.

—En el «V-18», apresamientos de barcos, tanto franceses como españoles, por incumplimiento de las leyes.

Mira el reloj y hace una llamada telefónica. Cuando cuelga el auricular se vuelve hacia mí.

—Tengo seis hijos: Cristóbal, Diego, Alfonso, Anunciada, Ignacio y Jaime. Se bañan, estudian, etcétera. Tengo aficiones caras: me gustan los balandros grandes, los caballos buenos y las escopetas inglesas. Tengo poco dinero, pero soy feliz. Me gusta mi mujer. Y ahora, ¿qué más quiere saber?

Le pregunto que si hubo algún marino en la familia en los últimos años.

—No, no hubo ninguno. Bueno, mi bisabuelo fue ministro de Marina después de la pérdida de las colonias hasta el año 1910 aproximadamente. Ya antes había sido ministro de Agricultura y de Fomento, y creo que desempeñó algunas carteras más. Ten en cuenta que aquellos Gobiernos duraban muy poco tiempo. A veces, días nada más.

El duque de Veragua ingresa en la Escuela Naval de Marín el día 23 de mayo de 1943.

—Ahí tienes la hoja de servicios, que es ese cuaderno azul que hay sobre la mesa. La tenemos que llevar siempre al día. Al desembarcar te la tienen que firmar, y yo acabo de desembarcar para tomar otro mando. Esto de la hoja de servicios es una de las cosas más serias que existen.

—Llamarte Cristóbal Colón, ¿te facilitó algo?

Mueve la cabeza como diciendo que qué preguntas hace uno.

—¿No me dio más que disgustos! Siempre fui el blanco de todas las novatadas que se hacen en la Escuela, y que son, generalmente, muy duras. Yo me las llevé todas. A tal extremo llegó el asunto que ya se dieron cuenta que no aguantaba más, y me dejaron en paz.

Mientras hablamos curioso la hoja de servicios, cuyas páginas están llenas de anotaciones, de servicios, de menciones, a través de veinte años.

—¿Empezaste en la Escuela como empiezan todos los alumnos?

—Naturalmente. ¿Cómo iba a empezar? Hice mi examen de suficiencia, y luego, la carrera, como todos. Lo único diferente es que para el ingreso yo no le quitaba puesto a nadie. O sea, yo selgo aprobado, y otro sale aprobado también. Entonces ingresamos los dos. Si había veinte plazas y yo aprobaba, entonces se convertían en veintiuna. Luego, ya dentro de la Escuela, como todos.

Se examinó de ingreso en San Fernando e inauguró la Escuela Naval de Marín.

—Allí estuve hasta casarme.

Recuerda bien el primer barco en que navegó como el piloto recuerda el primer

avión en que realizó el primer vuelo o el automovilista el primer coche.

—De guardiamarina en el «Artage», que fue un barco que se hizo para la expedición del Amazonas, un barco todo eléctrico. Ahora es un buque planero, y se llama «Juan de la Cosa». Yo sigo la pista de todos los barcos donde he navegado, porque se les coge cariño, como a las personas.

La vida del duque de Veragua, desde que ingresó en la Escuela Naval de Marín, está casi totalmente contenida en esta voluminosa hoja de servicios. Podríamos decir que es una vida a bordo, una vida enteramente profesional.

—Ya te dije en un principio que mi vida carece de aventuras fantásticas.

Pero hay que sacarle partido a la entrevista. No basta nunca que el personaje se disculpe o se justifique, porque a veces, preguntando con sistema, se puede descubrir una personalidad insospechada.

—¿Con quién estudiaste? Lo piensa. Mientras tanto, se abrocha el primer botón de la chaqueta del pijama.

—Entre los compañeros de promoción recuerdo al duque de Grimaldi, y que luego dejó la carrera. Otro de ellos es uno de los secretarios del ministro de Marina. También pertenece a mi promoción un hermano de Camilo José Cela, que es un muchacho valiente, que se fue con la División Azul a Rusia.

Busco acuciantemente preguntas que nos ayuden a completar la personalidad del personaje entrevistado. El duque fuma y aguarda cada una de ellas como si estuviésemos jugando un partido de tenis.

—Cuando ingresaste en la Escuela Naval, ¿tenías ya el título de duque de Veragua?

—Sí. El título, por desgracia para mí, me correspondió un poco antes de ingresar. Yo ingresé a los dieciocho años, y mi padre había muerto en 1941.

—Insisto en preguntarle que si el llamarse Cristóbal Colón ha sido para él una ventaja en su carrera.

—Nada de eso. Ha sido una desventaja. Una vez, recién salido yo de la Escuela Naval, le dije a don Pedro Nieto Antúñez: «Cuando Cristóbal Colón aprueba, todo el mundo dice: «¿Qué enchufe tiene éste con llamarse Colón». Cuando Cristóbal Colón suspende, dicen «¿Qué bruto será este Colón cuando lo han suspendido a pesar de llamarse Colón».

Quedamos en que esta vez de celebraremos la última conversación, para rematar esta entrevista.

El duque de Veragua se levanta de la cama. Son las diez y media de la mañana.

MAÑANA: y Capítulo III.
(Es un reportaje especial para Agencia FIEL.)